

## Elite y gobierno en El Tajín del Clásico temprano<sup>1</sup>

Arturo Pascual Soto  
Instituto de Investigaciones Estéticas,  
UNAM

Con el primer siglo de nuestra era, por convención cronológica, habría comenzado el periodo Protoclásico (*ca.* 0-350 d.C.) en la costa del Golfo de México. En aquel entonces, todavía prevalecería una cultura heredada del Formativo tardío. El mundo conocido no habría cambiado gran cosa, las tradiciones cerámicas seguirían siendo prácticamente las mismas y las vajillas negras de paredes muy gruesas aún servirían en las celebraciones de los cultos locales.

Sin embargo, aquellos mismos alfareros muy pronto habrían de recrear las formas más tempranas de la cerámica teotihuacana. Por más que se tratara de burdas imitaciones de las vasijas del centro de México, no por ello ocultaban un origen distinto e inédito en la costa del Golfo. El estilo cultural teotihuacano de las fases Miccaotli y Tlamimilolpa estaría permeando las manifestaciones de las primeras elites de El Tajín, Cerro Grande y Morgadal Grande, asentadas en las llanuras aluviales de los ríos Cazones y Tecolutla. Al mediar el Protoclásico se estarían por manifestar las transformaciones que tuvieron lugar en el Clásico temprano, la fase Cacahuatal (*ca.* 350-600 d.C.) y que servirían de sustento a una vigorosa cultura regional.

Sin embargo, todo tomó su tiempo, tuvo que transcurrir casi todo el periodo Protoclásico, la fase Tecolutla, antes de que ocurriera una verdadera integración de las formas cerámicas que señalan la participación de la esfera cultural teotihuacana y cuyo modelo cultural, según Wilkerson (1994), pudo ser difundido por la vecina ciudad de El Pital. Quizá la más evidente, como también la más temprana de tales modificaciones, fue el abandono de varios asentamientos del periodo Formativo. Parecía ignorarse el tipo de articulación que había prevaleci-

<sup>1</sup> Las investigaciones del Proyecto Arqueológico Morgadal Grande han sido posibles gracias al apoyo del Instituto de Investigaciones Estéticas y de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico (PAPIIT IN400196 e IN400798) de

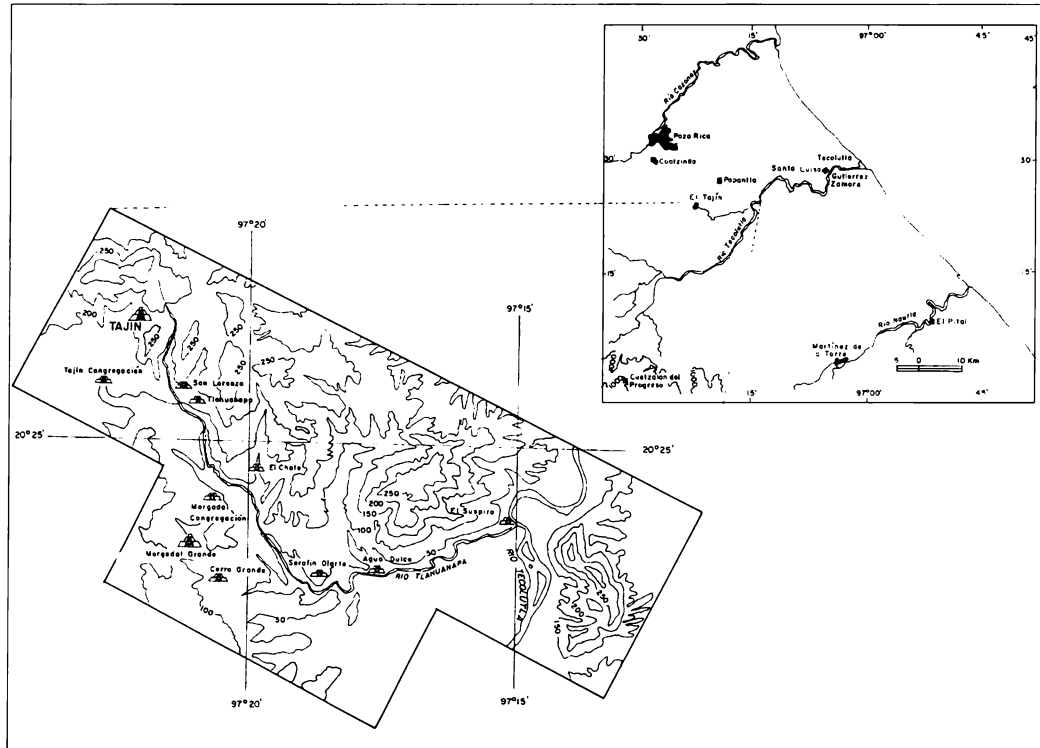
la Universidad Nacional Autónoma de México, del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (25107H y 34912H) y del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

do entre ellos, privilegiando a un grupo distinto de pequeños poblados que se desarrollarían en lo alto de las colinas a expensas de la desocupación de los más antiguos. El fracaso del mundo preclásico, si se me permite decirlo así, sólo podía haberse “urdido” en la vecina cuenca del río Nautla.

El Pital, bordeado por las aguas del Nautla, fue una gran metrópoli del Proclásico, cuya presencia ciertamente no habría pasado inadvertida para sus vecinos. Durante la segunda mitad de la fase Tecolutla se sumaron al nuevo orden de los asentamientos toda una serie de elementos culturales que advierten sobre sus antecedentes en la cuenca del río Nautla. Todo parece indicar que el acentuado proceso de reacomodo de las poblaciones, así como la introducción de una novedosa alfarería de inspiración teotihuacana, cuyo consumo seguramente se destinaba a las elites locales, eran manifestaciones de un complejo proceso de asimilación y definición cultural. Aunque quedan muchos “cabos” sueltos, no sería improbable que El Pital hubiera promovido toda aquella transformación (fig. 1). El arroyo Tlahuanapa, uno de los principales afluentes del río Tecolutla, se habría convertido en una ruta comercial hacia la cuenca del río Cazonas, donde se asienta El Tajín. Junto al arroyo transitarían “floreros” del tipo Agua Dulce Negro, vasos trípodes cilíndricos con soportes rectangulares del tipo Valenzuela Pulido, variedad Santa Rosa, y “candeleros” de una sola cámara, todos ellos diagnóstico de la esfera cultural teotihuacana y de cuyo comercio seguramente participaba El Pital. El arroyo terminó encaminando la mayor parte del tránsito comercial de la región. Las elites de los tempranos asentamientos de El Tajín, Cerro Grande y Morgadal Grande no sólo debieron valerse del nuevo estatuto económico del Proclásico, sino que también promovieron el desarrollo de un artesanado de inspiración teotihuacana sustentado en la experiencia tecnológica propia de la alfarería local del Formativo tardío (figs. 2a-2e).

El “gusto” por lo teotihuacano, por las manifestaciones culturales propias del centro de México, no modificaría indiscriminadamente la forma de los objetos requeridos por tan tempranas elites. La adquisición de un nuevo repertorio cerámico tendría que ver con la transformación de la conducta ritual de la elite. En aquel entonces, la parte alta de la fase Tecolutla, *ca.* 280+/- 40 d.C., muchas

figura 1  
Mapa del centro-norte de Veracruz con los principales sitios arqueológicos mencionados en el texto.

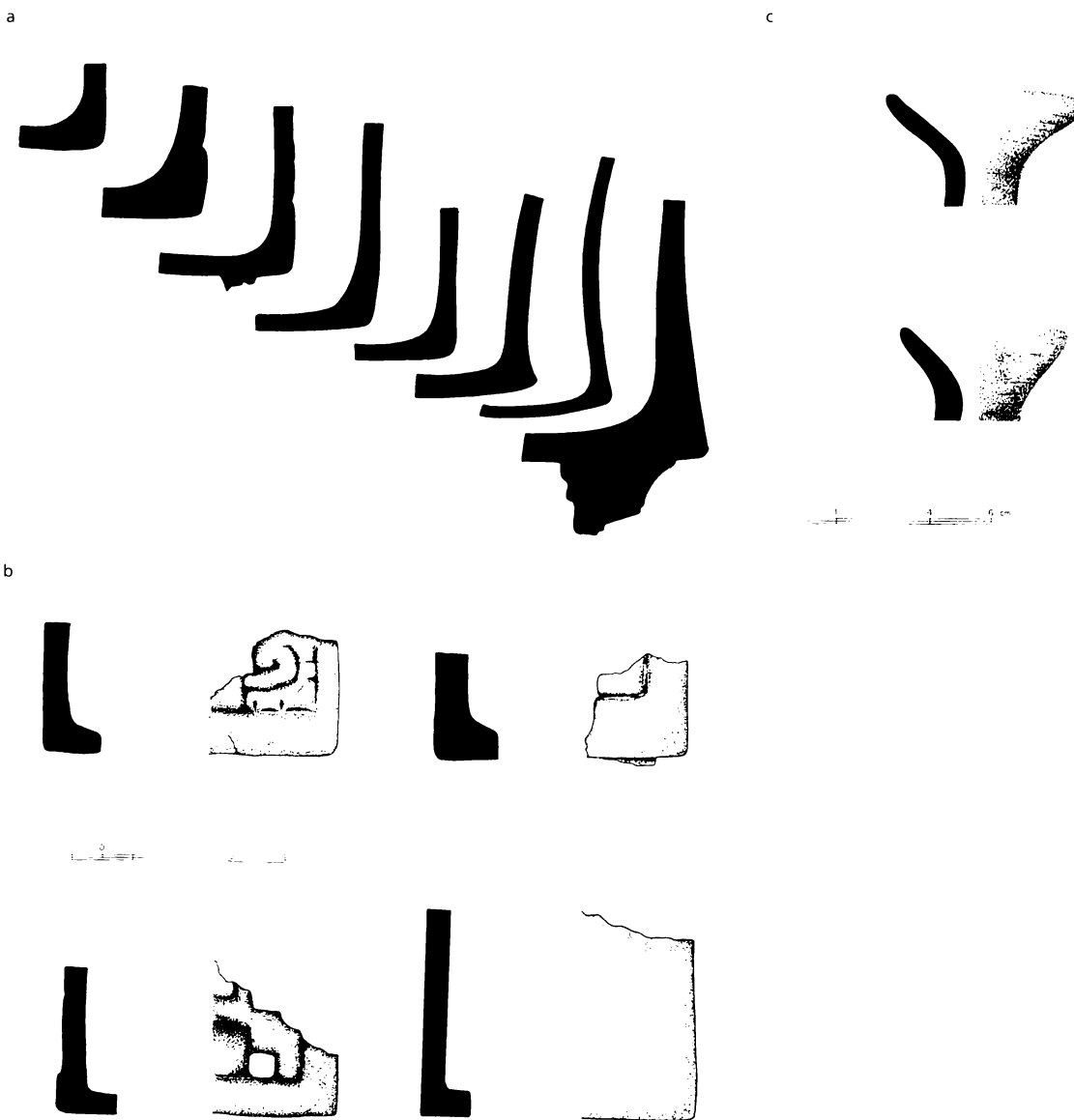


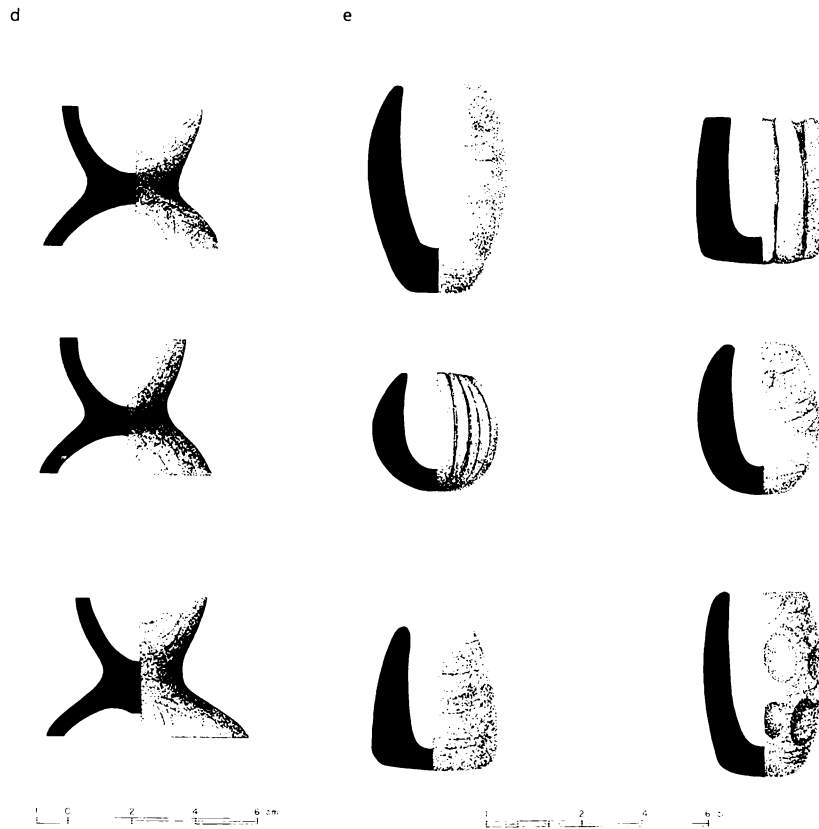
cosas estarían cambiando en Morgadal Grande. El énfasis puesto en la reproducción de aquellas vasijas, ajenas a las más antiguas tradiciones alfareras de la llanura costera, señalan a una elite que habría optado por recrear un modelo cultural de “extracción” teotihuacana que la colocaba en el umbral de la “modernidad” teotihuacana.

No sería improbable que el reacomodo poblacional del Protoclásico haya sido estimulado por la incorporación de un modelo económico, hasta entonces inédito, que privilegiaba el comercio a larga distancia y que probablemente emanaba de la vecina cuenca del Nautla. Aquella nueva articulación comercial, que también se hacía cargo de la distribución de las obsidias de los lejanos

figura 2  
Perfiles cerámicos de vasos tripodes cilíndricos (a)  
con soportes rectangulares (b), floreros (c), copas (d),  
y candeleros (e). Fases Tecolutla (ca. 0-350 d.C.)

y Cacahuatal (ca. 350-600 d.C.). El Tajin, Morgadal Grande,  
El Naranjal y Cerro Grande, Veracruz.





yacimientos de Pachuca, Altotonga y Zaragoza,<sup>2</sup> bien pudo traducirse en un distinto arreglo espacial de las poblaciones y en el surgimiento de una elite sustentada en el control de las actividades comerciales. El aumento demográfico que parece caracterizar a Morgadal Grande en el Protoclásico y en el Clásico temprano, bien podría explicarse a partir de una nueva jerarquía de los asentamientos. Por el arroyo Tlahuanapa transitaron las manifestaciones materiales de otros modelos culturales. En vísperas del Clásico tardío, la alfarería incorporada a las actividades comerciales pudo haber sido en su mayoría de filiación teotihuacana.

2 Los estudios de activación neutrónica de los yacimientos de origen de las obsidias arqueológicas de Morgadal Grande fueron hechos por la doctora Dolores Tenorio y la maestra

Melania Jiménez con la participación del arqueólogo Ricardo Leonel Cruz Jiménez en los laboratorios del Instituto Nacional de Investigaciones Nucleares.

figura 3  
Figurillas cerámicas de la fase Cacahuatal (ca. 350-600 d.C.).  
Morgadal Grande, Veracruz.



La rectoría comercial que parece haber ejercido El Pital sobre las llanuras aluviales de los ríos Tecolutla y Cazones estimuló el desarrollo de una vigorosa cultura regional que ahora podemos tener por antecedente directo de la cultura clásica de El Tajín. El comportamiento ritual de las elites de Morgadal Grande y su expresión material terminó alejándose irreconciliablemente de un sustrato cultural heredado del Formativo tardío. La cultura “refinada” de la elite se valdría de distintos vehículos de expresión, tan diferentes que sólo entre ellas, las tempranas elites de El Tajín y Cerro Grande, pudo tener cabida la imagen del Tláloc teotihuacano. Los signos icónicos que sirvieron para enunciarlo se articulaban en la superficie de un grupo de vasos destinado para su consumo exclusivo y sobre la piedra de los más antiguos juegos de pelota, los más elocuentes de los edificios destinados a la exaltación del poder político de tan remotos gobernantes.

figura 4  
Plano del sitio arqueológico de Morgadal Grande, Veracruz.

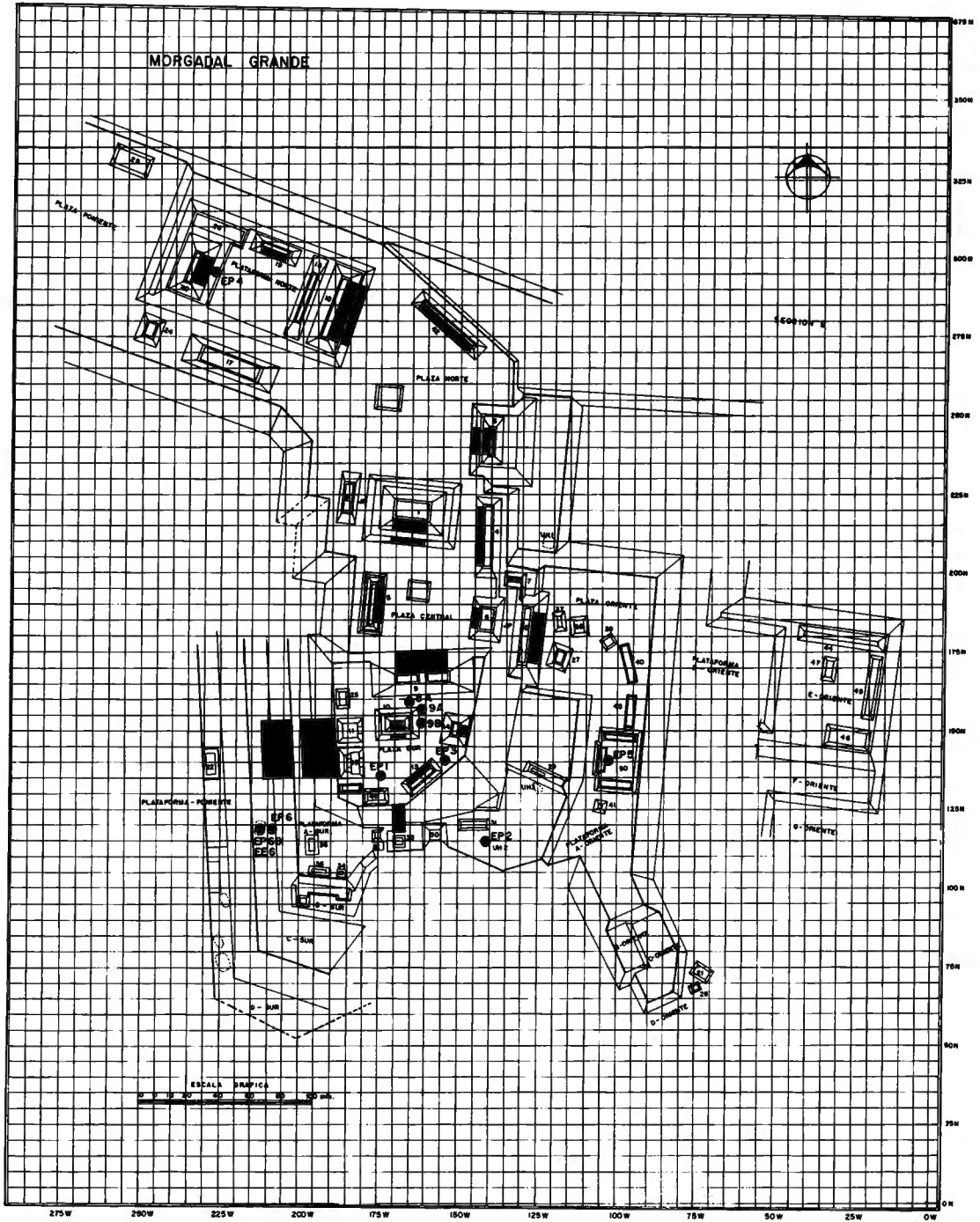
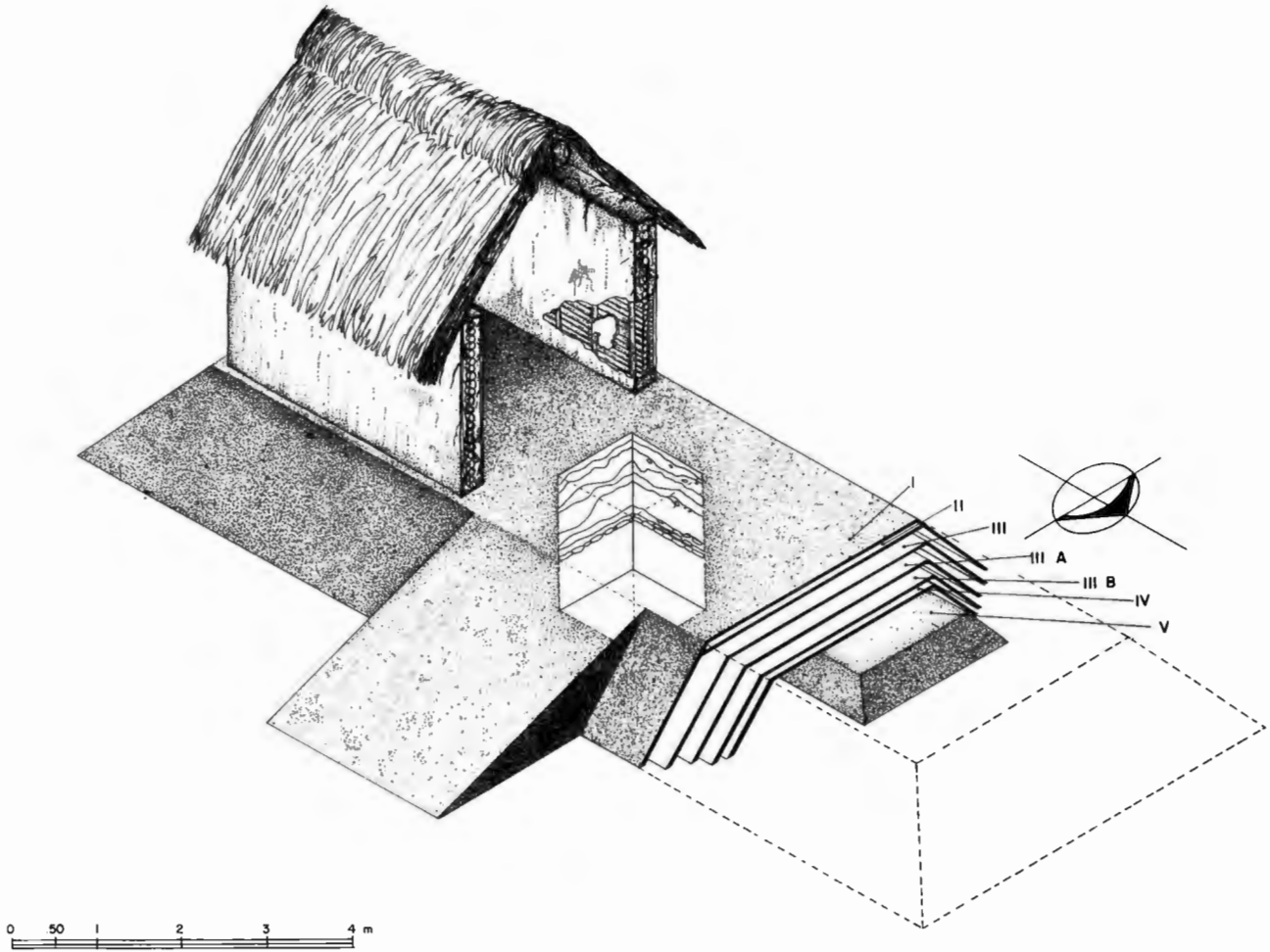


figura 5a  
Aspecto general de la excavación de prueba EP6B  
de la plataforma C-Sur de Morgadal Grande.





figura 5b  
Dibujo reconstructivo de las etapas constructivas  
de la estructura UH04/1 (EP6B) de la plataforma C-Sur  
de Morgadal Grande.



Para el Clásico temprano, algún tiempo después del año 350 d.C. las elites asentadas a lo largo del arroyo Tlahuanapa hicieron de la expresión de los conceptos que identifican al Tlálóc teotihuacano el centro de la propia producción icónica. Su imagen no sólo sintetizaba la vocación cultural de aquellas tempranas elites, sino que ahora articulaba la propia conducta simbólica. Los vasos trípodes cilíndricos con soportes sólidos rectangulares, así como los “floreros”, “candeleros” y las figurillas cerámicas que reconocían como propios los modelos de la alfarería teotihuacana (fig. 3) eran, en su mayoría, producto de un artesanado local de imitación promovido por la elite. El modelo cultural teotihuacano lo permeaba todo. La conducta ritual de las elites había cambiado como también el pensamiento simbólico y la expresión icónica del Clásico temprano.

En la plataforma C-Sur de Morgadal Grande (fig. 4), sobre un suave terracado que mira el lento correr del arroyo El Muerto, el Templo Rojo (Sub. III) y sus subestructuras (EP6 y EP6B) corresponden a estadios sucesivos de un mismo espacio ceremonial concebido durante el Clásico temprano y cuya última reforma constructiva, el Templo Azul (Sub. II), debió verificarse a finales de la fase la Isla A (*ca.* 750+/-40 d.C.<sup>3</sup>) (figs. 5a,b). Se trata de una plataforma de tierra apisonada —con revestimiento de estuco— cuyas dimensiones finales, algo más de 11 m de largo por unos 6 m de ancho, se alcanzaron luego de seis periodos constructivos. En lo alto de la misma se hizo espacio a un cuarto, reconstruido en tantas ocasiones como fue necesario, formado por paredes de carrizo recubiertas de barro cocido y aplanadas con un fino enlucido de cal. El techo probablemente fue —en toda época— de palma tejida.

Para el momento de construcción del Templo Rojo (Sub. III), la segunda mitad de la fase Cacahuatal, el enlucido fue pintado con distintos tonos de color rojo. Es probable que la combustión de varios braseros, así como de una multitud de pequeños “candeleros”, determinara que el acabado finamente bruñido del interior del cuarto quedara enteramente ahumado. El Templo Rojo (Sub. III)

3 Todos los fechamientos de radiocarbono referidos en el texto han sido realizados en el laboratorio Beta Analytic, Inc.

de la ciudad de Miami (Florida), con la participación de los doctores Darden Hood y David Miller.

ha sido fechado a partir de los minúsculos fragmentos de carbón asociados con tales prácticas rituales. Es por ello que disponemos de dos fechas de radiocarbono por AMS:<sup>4</sup> 560+/-40 d.C. y 570+/-40 d.C. Su subestructura —el Templo Rojo Sub (Sub. IV)— corresponde al proceso de ampliación más importante que se registró en la plataforma y que, prácticamente, habría de llevarla a su tamaño actual. La reforma permitió disponer de un espacio mucho más amplio sobre el cual construir el aposento principal. Sobre el fino enlucido de cal se aplicaron varias capas de pintura roja, misma que terminó igualmente ahumada por el uso constante de diferentes clases de braseros. Para la subestructura del Templo Rojo (Sub. IV) disponemos de dos fechas más de radiocarbono por AMS: 460+/-40 d.C. y 490+/-40 d.C.

Por debajo de esta última plataforma se encuentra otra más antigua, aunque mucho más pequeña que la anterior. El cuarto fue construido con paredes de caña recubiertas con barro fresco. Una vez cocido al calor de teas encendidas, se aplicó un fino enlucido de cal en su mayoría pintado de color rojo oscuro o negro. El Templo Negro (Sub. V) también debía incorporar un techo de palma tejida, mismo que quizá se incendió a juzgar por el estado del “embarro” y del enlucido de estuco, los que aparecen ahumados si es que no enteramente quemados. De esta estructura se conserva un grupo de improntas que corresponden a los postes del cuarto. Para el Templo Negro (Sub. V) contamos con una fecha de radiocarbono por AMS: 420+/-40 d.C.

En el caso de la subestructura del Templo Negro, la Casa Roja (Sub. VI-VIII), es probable que no mediara plataforma alguna. El cuarto —edificado de igual manera, aunque pintado de color rojo claro— surgía sobre un firme de piedra arenisca perfectamente ajustado. La piedra fue tomada tanto del lecho del arroyo, como también del desecho de talla producido por la fabricación local de grandes sillares. Sobre la piedra se colocó un piso de mortero de cal y arena que —probablemente— también fue pintado de color rojo.

4 AMS o *Accelerator Mass Spectrometry* (Espectrometría por Aceleración de Masas).

figura 6  
Fragmento del cuerpo de un vaso tripode cilíndrico  
con decoración incisa. Fase Cacahuatal (ca. 350-600 d.C.).

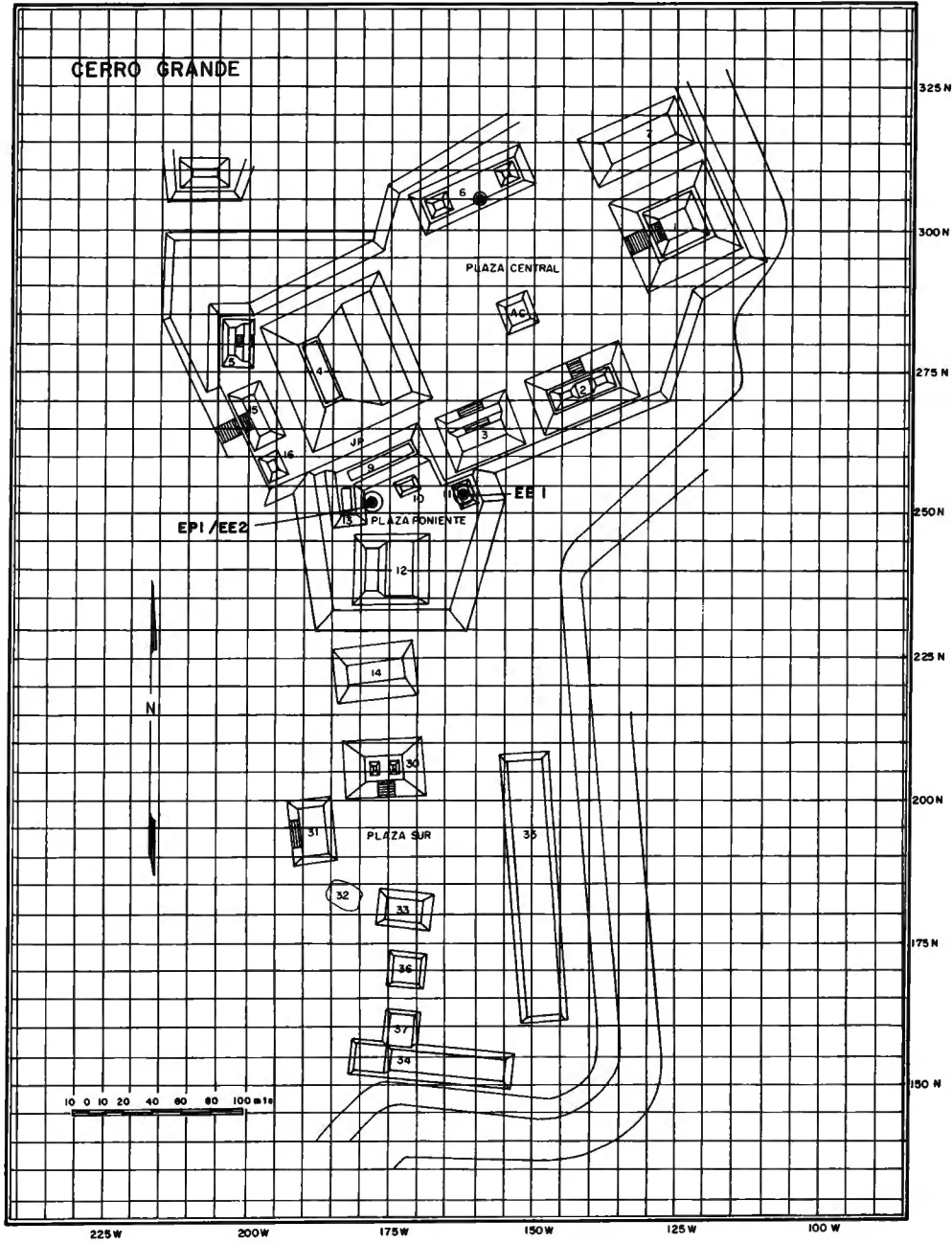
Excavación de prueba EP6 de la plataforma C-Sur  
de Morgadal Grande.



figura 7  
Placa ósea de un caparazón de armadillo.  
Fase Cacahuatal (ca. 350-600 d.C.), excavación de prueba  
EP6B de la plataforma C-Sur de Morgadal Grande.



figura 8  
Plano del sitio arqueológico de Cerro Grande, Veracruz.



Sabemos que buena parte de las antiguas superficies de ocupación originalmente contaban con pisos de estuco. Si bien es cierto que no se han conservado por carecer de firmes de piedra similares al descrito para la Casa Roja (Sub. VI-VIII), el análisis de las muestras de suelo ha permitido determinar que el carbonato de calcio terminó por lixiviarse como consecuencia del proceso de intemperismo.<sup>5</sup> Aunque por debajo de la Casa Roja (Sub. VI-VIII) permanecen los restos intemperizados de otro antiguo piso sobrepuesto a un firme construido con grandes bloques de piedra.

A mayor profundidad se suceden —por lo menos— siete estratos más; todos muestran evidencia de haber servido de sustento a edificaciones de carácter doméstico. Aunque suelen hallarse restos de “embarro” y de enlucidos de estuco pintados de color rojo, aparecen agujas de hueso, malacates y las cenizas de antiguos fogones, además de huesos de aves y de pequeños mamíferos en contextos que incluyen conchas de mejillón (*Unio aztecorum*),<sup>6</sup> los que son frecuentes en los patios de las unidades habitacionales. Con todo, la presencia de fragmentos de pintura mural, así como de navajillas fabricadas en obsidiana gris —cuya fuente de origen deben ser los yacimientos de Zaragoza-Oyameles en la montaña de Puebla— hace pensar en que, si bien es cierto que puede advertirse un cambio en la función del espacio, no debe descartarse la participación de la elite local en las actividades que allí se reflejan. La presencia de la obsidiana sólo puede explicarse a partir del comercio, en el que tanto empeño pusieron las elites de la fase Cacahuatal. Para el Clásico tardío la obsidiana gris de este yacimiento terminó por volverse común en la región de El Tajín. Sin embargo, para la primera mitad del periodo Clásico no parece haberlo sido, como tampoco lo fue aquella que provenía de Altotonga y menos aún la de Tulancingo y Pachuca, en el Altiplano Central. En un principio las navajillas fueron verdaderamente escasas y suelen

5 La caracterización de las muestras de suelo de la excavación de prueba EP6B de Morgadal Grande corrió a cargo del biólogo Serafín Sánchez Pérez, encargado del Laboratorio de Suelos y Sedimentos de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, con la colaboración del pasante de arqueología Kenichiro Tsukamoto. En los análisis correspondientes a las

muestras de suelo obtenidas en las excavaciones EP1 y EE2 de Cerro Grande participaron las pasantes de arqueología Rosa Emilia Ánimas Moctezuma y Cristina Cuevas Carpintero.

6 La determinación de la especie corrió a cargo de la doctora Edna Naranjo del Instituto de Biología de la Universidad Nacional Autónoma de México.

figura 9  
Aspecto general de la excavación EPI/EE2 de la Plaza Poniente de Cerro Grande.



figura 10  
Fragmento de una figurilla cerámica.  
Fase Cacahuatal (ca. 350-600 d.C.), excavación EPI/EE2  
de la Plaza Poniente de Cerro Grande.



figura 11  
Fragmento del cuerpo de un vaso tripode  
cilíndrico. Fase Cacahuatal (ca. 350-600 d.C.), excavación  
EPI/EE2 de la Plaza Poniente de Cerro Grande.

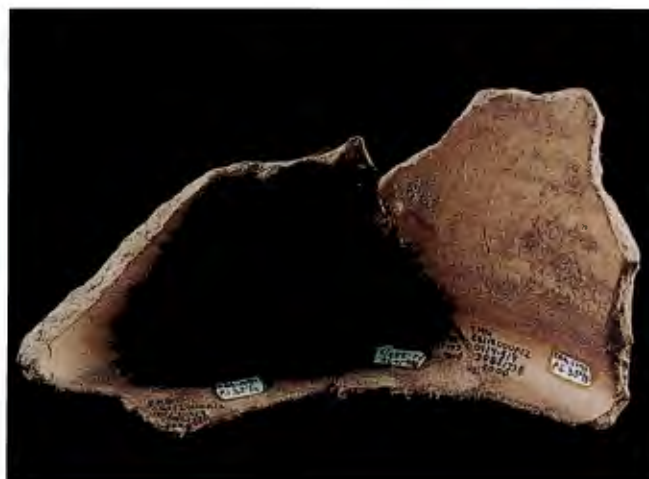


figura 12

Candelerero de una sola cámara.  
Fase Cacahuatal (ca. 350-600 d.C.),  
plataforma D-Sur de Morgadal Grande.



hallarse en las superficies de ocupación propias del Clásico temprano asociadas con artefactos fabricados en piedra metamórfica tomada de los arroyos cercanos. Por otra parte, las paredes de “embarro” acabadas con mortero de cal y pintadas de color rojo no son usuales en los contextos domésticos excavados de la fase Cacahuatal.

En cuanto a los vasos trípodes cilíndricos y a los candeleros no se registran por debajo del último firme de piedras y su distribución coincide con los depósitos arqueológicos del Templo Rojo y sus subestructuras. Fuera del ámbito de la plataforma (EP6B), se encontró un tiesto del tipo Valenzuela Pulido, variedad Santa Rosa, con decoración incisa justo por debajo del empedrado (EP6). Con la cerámica se recuperó una muestra de carbón cuyo fechamiento absoluto por AMS resultó ser 460+/-40 d.C. (fig. 6), así como fragmentos de “embarro” quemado, restos de aves y de pequeños mamíferos.



figura 13  
Escultura 4 de la Pirámide de los Nichos.  
Fase Cacahuatal (ca. 350-600 d.C.), El Tajín.



figura 14

Detalle de la bolsa que porta el personaje representado  
en la escultura 4 de la Pirámide de los Nichos.  
Fase Cacahuatal (ca. 350-600 d.C.), El Tajin.



figura 17  
Escultura 2 del edificio 9 de la Plaza Sur.  
Fase Cacahuatal (ca. 350-600 d.C.), Morgadal Grande.



figura 18  
Escultura 3 del edificio 9 de la Plaza Sur.  
Fase Cacahuatal (ca. 350-600 d.C.), Morgadal Grande.



La excavación arqueológica del Templo Rojo (Sub. III y Sub. IV), fechado para la parte alta de la fase Cacahuatal (*ca.* 520-600 d.C.), produjo tres fragmentos de soportes rectangulares de vasos trípodes cilíndricos. Uno de ellos, el más reciente, carece de decoración y fue fabricado con una pasta de barro compacta de color café rojizo. Los otros fragmentos son de color gris oscuro y originalmente exhibían decoración incisa. El primero procede del Templo Rojo (Sub. III) y los últimos dos del relleno constructivo de su subestructura (Sub. IV).

Ahora bien, algunos tiestos de color anaranjado del tipo San Andrés Pasta Fina, que suelen tenerse como indicadores de las actividades de la elite, fueron hallados en la esquina noroeste del Templo Rojo (Sub. III) asociados con los fragmentos de un omóplato y de la mandíbula de un adulto joven, probablemente un hombre, cuya muerte debió de ocurrir cuando contaba entre 21 y 35 años de edad. Con sus restos, sepultados alrededor del año 560 o 570+/-d.C., fueron hallados los vestigios de dos aves: el tarso de una garza (*Ardeidae*) y fragmentos de los huesos de una chachalaca (*Cracidae*) (EP6B/2). Para el año 750+/-40 d.C., unos doscientos años después de ocurrir el evento inhumatorio, ya conformaba un entierro de clase secundaria. Los restos habían sido removidos y se depositaron en la misma esquina del edificio —entonces pintado de un color azul brillante— las extremidades desmembradas de otro individuo (EP6B/1). En el lugar quedó parte del antebrazo, un radio fragmentado y la pierna de un adulto joven acompañados por el asta rota de un venado Cola Blanca (*Odocoileus virginianus*).<sup>7</sup> El fémur fue orientado en dirección norte-sur con la epífisis distal señalando al norte. Con las extremidades fueron depositados ritualmente varios caparazones de armadillo (*Dasybus novemcinctus*) (fig. 7).

La Plaza Poniente de Cerro Grande —unos pocos kilómetros al sur de Morgadal— no parece ilustrar para la fase Cacahuatal ocupaciones de carácter doméstico, por lo menos no del tipo de aquellas que conocemos en Morgadal

7 La identificación de los restos óseos de los diferentes vertebrados terrestres mencionados en el texto se efectuó en la Facultad de Ciencias de la Universidad Nacional Autónoma de México y estuvo a cargo de la doctora Graciela Gómez

Álvarez. Con ella colaboraron el pasante de arqueología Inti Terán Gómez y los biólogos René Sabel Reyes Gómez, Héctor Carlos Olguin Monroy, José León Pérez y Noé Pacheco Coronel.

figura 19  
Escultura 1 del edificio 14. Fase Cacahuatal  
(ca. 350-600 d.C.), Cerro Grande.



Grande, donde abundan los restos de vertebrados terrestres (fig. 8). En este punto, nuestras excavaciones (EP1/EE2) afortunadamente no han tenido que lidiar con una estratigrafía cultural tan compleja como la que suele presentarse en la plataforma C-Sur de Morgadal Grande. De hecho, la única complicación técnica que se presentó fue la delimitación de una intrusión moderna (ca. 1660-1950 d.C.), marcada por objetos de metal y cerámicas vidriadas, que afectó puntualmente los depósitos arqueológicos aunque sin perturbar las superficies de ocupación correspondientes a las fases Tecolutla (280+/-40 d.C.) y Cacahuatal (410+/-40 d.C.).

Sobre un suelo de color gris claro recuperamos evidencia de una ocupación que puede fecharse para el año 280+/-40 d.C. La muestra de carbón que sirvió para este propósito fue tomada en un lugar de la Plaza Poniente que para la par-

te alta de la fase Tecolutla ya debía haber sido objeto de ciertos trabajos de nivelación, particularmente el área contigua al edificio 13 (fig. 9). El contacto de capa que la ilustra guarda los vestigios del barro cocido con el que originalmente se recubrían las paredes de caña de las primeras construcciones. Sobre el “embarro” se colocaba una capa de mortero de cal fabricado con abundante arena, cuyo acabado probablemente era un enlucido de cal. Sin embargo, no ha sido posible recuperar fragmentos de estuco pintado, en buena medida porque la composición del mortero favorece su intemperismo. Todavía quedan las improntas de una palizada que conformaba la estructura de una pared recubierta por una capa de barro cocido aunque, en este caso, no parece mediar una plataforma de tierra apisonada sobre la cual se daría forma al aposento. Todo indica, a diferencia del Templo Rojo (Sub. III) de Morgadal Grande, que el cuarto surgía por encima de un apisonado de tierra que respetaba el mismo nivel de la superficie de la plaza. No hay evidencia de la participación de un piso de estuco, aunque existe una capa de piedra menuda —producida como desecho de talla— que podría volverse a interpretar como un firme, aunque de fabricación muy somera. Lamentablemente, todavía es muy pronto como para saber si la excavación se desarrolla en el interior del cuarto o en el área abierta que alguna vez lo circundó.

Con todo, es posible notar cierta tendencia de los materiales a mostrarse en conjuntos que aparecen tocando el perfil norte de la excavación. Éste es el caso de una figurilla cerámica y de varios cuerpos de vasos trípodas cilíndricos del tipo Valenzuela Pulido, variedad Santa Rosa (figs. 10 y 11). Los ejemplos más tempranos que tenemos de ellos en la región, no sólo por disponer de un fechamiento absoluto del propio contexto de aparición, sino por razón de su forma y tamaño, son vasijas de color negro o café muy oscuro que no alcanzan los 15 cm de diámetro y con paredes de no más de 5 mm de espesor. Éstos son mucho más pequeños que los hallados —hasta ahora— en nuestras excavaciones en el Templo Rojo de Morgadal Grande (Sub. III). En la Plaza Poniente hemos echado de menos los candeleros. Sin embargo, son frecuentes en las colecciones de superficie de Cerro Grande (fig. 12). En cambio, en el relleno constructivo que separa las ocupaciones de las fases Tecolutla y Cacahuatal, fechado por AMS para el año

410+/-40 d.C., aparecieron los restos de un cráneo humano expuestos a fuego intenso. Puesto que la intrusión moderna alteró una parte importante del depósito arqueológico, no es posible asegurar que correspondan a un individuo desmembrado en los rituales celebrados durante la fase Cacahuatal. Es por ello que los fragmentos del cráneo viajarán muy pronto a la ciudad de Miami, Florida, con el propósito de ser fechados y hacerlos participar de nuestro programa de estudios de antropología molecular (ADN).<sup>8</sup>

Ahora bien, para el siglo V d.C. la mayor parte de los individuos inhumados parecen haber sido hombres jóvenes. Sin embargo, el intervalo de edad se repite en la muestra osteológica atribuible a todo el periodo Clásico. No sólo en el caso de los individuos sepultados en Morgadal Grande, también en el entierro 15 de la estructura A-sub 2 de Santa Luisa —excavado por Wilkerson (1970: 42) en la desembocadura del río Tecolutla— y en los entierros localizados por nosotros en Cerro Grande. En todos los casos participa un adulto medio, cuando son colectivos, aunque aparecen en menor número que los adultos jóvenes. En Santa Luisa el “personaje principal” (S.J.K. Wilkerson, 1970: 43), el mismo al que se asocia una “vasija capital”, es un adulto joven. Mientras que en Morgadal Grande (CG3) el esqueleto que refleja la misma conducta funeraria pertenece a un adulto medio. El primero fue inhumado durante el Epiclásico local (S.J.K. Wilkerson, 1970: 444) mientras que el excavado por nosotros en Morgadal Grande fue sepultado a finales de la fase Tecolutla o muy temprano en la fase Cacahuatal: 230+/-40 d.C. Sittón (2001) ha calculado la esperanza de vida al nacer de los pobladores de la región de El Tajín entre 40 y 45 años. Sin embargo, es necesario precisar que en esta estimación no se consideran todas aquellas actividades culturales que hubieran podido determinar una muerte prematura, como es precisamente el caso del sacrificio humano.

8 El análisis osteológico fue realizado por el antropólogo físico Mair Augusto Sittón Moreno. Se encuentran en proceso los estudios de ADN a cargo de la pasante en antropología física Yadira Yetzabé Reyna Hernández en colaboración con la doctora Rocio Vargas Sanders del Instituto de Investiga-

ciones Antropológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México y con la participación del doctor Thierry S. Tamers del laboratorio Paleoscience, Inc. de la ciudad de Miami (Florida).

La imagen de algunos de estos hombres de rostro anónimo quedó plasmada en piedra. Muy temprano en el periodo Clásico comenzaron a labrarse los más antiguos relieves de El Tajín. En roca arenisca se tallaron, por separado, las representaciones de cuatro personajes vistos de frente. Adornados con enormes tocados, sostienen en la mano derecha largos bastones que rematan en forma de abanicos. El ejemplo mejor conservado procede del Grupo del Arroyo, otro —aunque incompleto— fue encontrado en el edificio A de El Tajín Chico y un tercero, además de varios fragmentos, provienen de la Pirámide de los Nichos (M.E. Kampen, 1972) (fig. 13). Su actual dispersión sólo puede explicarse como producto de la antigua separación de un mismo grupo escultórico o bien de grupos escultóricos relacionados, originalmente expuestos en las fachadas de edificios hoy desaparecidos o en las plazas, exhibidos a manera de “estelas”. Por más que no se conserven datos precisos sobre sus contextos de aparición (cf. J. García Payón 1954), debieron labrarse en tiempos que precedieron a la formalización del estilo escultórico que Proskouriakoff ha llamado Estilo Clásico de Veracruz (1953:391-394), del cual participaron los escultores de El Tajín y que lo define el uso reiterado de elementos planos que se entrelazan y retuercen sobre sí mismos (cf. M.E. Kampen, 1972: 84).

En la escultura 1 del edificio 20 el tema central de la figuración es un hombre erguido, en posición frontal, cuyas manos aparecen ocupadas por objetos distintos. Para Kampen representa “un hombre vestido en un estilo extranjero al Tajín” (1972: 84). En cambio, Wilkerson supone que muestra “al dios del comercio o a un gobernante vestido en la forma de tal deidad” (1987: 25), coincidiendo con Kampen en cuanto a que “están ejecutadas en un estilo no completamente típico de El Tajín” (1987: 25). La suposición de Wilkerson seguramente tiene que ver con el báculo de Yacatecuhtli, dios de los mercaderes entre los mexica, “que era una caña maciza, que ellos llaman *ótlatl*, y también usan de otra manera de báculo que es una caña negra liviana, maciza, sin nudo ninguno” (Fray Bernardino de Sahagún, 1979, I, XIX: 3). Sin embargo, en Teotihuacán hay varios ejemplos de bastones que rematan en círculos concéntricos en los murales del Gran Conjunto de la Calle de los Muertos, así como en el Patio Blanco de Ate-



telco, tal y como aparecen labrados en El Tajín. En ambos casos se trata de pintura mural de la fase Tlamimilolpa tardío (R. Cabrera, 1995). El personaje que porta el *ótlatl*, en los murales del Gran Conjunto de la Calle de los Muertos, sostiene en la otra mano una “bolsa” equivalente a la que ostenta la figura de El Tajín. Así que sus atributos, además de aquellos que lo señalan como un probable jugador de pelota, las rodilleras y las bandas que se ajustan en torno al pecho (cf. S.J.K. Wilkerson, 1987: 25 y S. Ladrón de Guevara y P. Castillo, 1992: 89), bien podrían derivar del ajuar ceremonial teotihuacano. En el fondo, se trata de la representación de objetos perecederos, que por su naturaleza, no dejan evidencia en el registro arqueológico. Así como hubo vasos trípodes en El Tajín, también pudo haber bastones adornados con plumas y bolsas rituales. Su ausencia —sólo de carácter aparente— tiene que ver con la durabilidad de los materiales y no con su exclusión deliberada de un ceremonial que por su naturaleza debía de requerirlos tanto como de los vasos de inspiración teotihuacana. “La bolsa de copal indica el carácter sacerdotal del personaje” (S. Ladrón de Guevara y P. Castillo, 1992: 89), pero sus diseños revelan mucho más. Dentro de la misma bolsa hay una “trama” de líneas y círculos que me sugieren la efigie de un Tláloc (fig. 14). No creo que la casualidad haya “urdido” semejante visión, menos aún si consideramos la vocación cultural de la elite que la produjo. En su interior, pueden distinguirse —a manera de apunte— los elementos básicos del Tláloc teotihuacano: dos círculos por las anteojeras y dos grupos de bandas, unas horizontales y otras verticales, por la “banda labial” y por los dientes del Tláloc.

Por otra parte, la escultura 1 de Cerro Grande —hallada en el escombros del edificio 14— corresponde al tercio inferior de un relieve escultórico que debía representar a otro personaje erguido en posición frontal (fig. 15). Sobre la espiga —la que servía para mantenerlo en posición vertical— pueden observarse las piernas de un personaje, una parte del faldellín decorado con plumas y una tela que anudada en la espalda se observa caer entre las piernas. En los pies lleva sandalias y bajo las rodillas se hallan adornos de cuentas anudadas. En el borde derecho aparece la parte inferior de una lanza o de un bastón mientras que en el extremo contrario se encuentra una bolsa igualmente adornada con plumas. Tan temprana-

nos relieves, solidarios con la exaltación de los gobernantes locales y labrados entre los años 350 y 600 d.C., también se encuentran en Morgadal Grande y en La Concha. Este último, un asentamiento de la llanura aluvial de San Pablo, en el curso medio del río Tecolutla. De ellos, seguramente existen muchos otros ejemplos, aunque todavía enterrados por causa de haber sido reutilizados como piedra común en la construcción de edificios muy posteriores.

Proskouriakoff, quien sólo conoció los relieves de El Tajín, supuso que el estilo de su factura habría sido característico del periodo Clásico (*ca.* 300-900 d.C.), por más que alguna de sus variantes continuara en uso hasta el Epiclásico local. Si bien es cierto que se desarrolló plenamente durante el Clásico tardío, sus orígenes deban trazarse en el Clásico temprano. De Morgadal Grande proceden varios fragmentos de vasijas del tipo Valenzuela Pulido, variedad Santa Rosa, cuya decoración incorpora una serie de bandas igualmente entrelazadas y que bien podrían representar un patrón antiguo del Estilo Clásico de Veracruz. Esta fase inicial del Estilo Clásico de Veracruz, aún fuertemente ligada a una tradición estilística más antigua en la cual habrían prevalecido líneas y ángulos rectos, si no me equivoco, debe haber surgido sobre la base de un “viejo” estilo geométrico (fig. 16).

Aún quedan los vestigios de otros grupos escultóricos que se valían de él, originalmente integrados por grandes sillares de piedra arenisca que una vez reunidos, formando un paramento, sumaban sus relieves para conformar un mismo texto icónico. El resultado debió ser muy similar al que exhiben los muros labrados de los juegos de pelota de El Tajín. Aunque fueron tallados en época temprana, sustentan los de Morgadal Grande las representaciones de varias serpientes con los cuerpos entrelazados (figs. 17 y 18). Las cabezas ocupaban los extremos de los muros. Arriba, labrado en otro bloque de piedra continuaba el tocado de plumas. Sin embargo, todavía no se manifestaba la tendencia de envolver las esquinas de los sillares desdoblado los perfiles de las cabezas con el propósito de producir un cierto efecto de “frontalidad”, solución que constituye el recurso más importante de la escultura del Clásico tardío y del Epiclásico local.

Dos ejemplos, verdaderamente notables, de sillares que formaban parte de los muros de un antiguo juego de pelota, son los que proceden de Cerro Grande (Arroyo del Arco). Ambos deben fecharse para la primera mitad de la fase Cacahuatal y exhiben, cada uno de ellos, el rostro de Tláloc construido sobre el de un hombre (fig. 19). Los ojos aparecen formados por anteojeras circulares y por boca lleva una máscara con tres grandes dientes aserrados. Un tocado ornamentado con plumas se aprieta contra el límite superior del sillar. A los lados del rostro surgen abruptamente los brazos y en ambas manos sujeta sendos cuchillos de obsidiana.

Todo parece indicar que las elites de la región de El Tajín, quienes participaron del modelo cultural teotihuacano durante la fase Cacahuatal, convirtieron el juego de pelota en el centro mismo de la propia expresión ritual. A los gobernantes, por definición, se les consideraba como jugadores de pelota. Su imagen en piedra destacaba el atuendo del jugador, constituido en los símbolos de la institución que representaban. De hecho, esta asociación perduraría, no sin registrar cambios en el estatuto simbólico, hasta el año 1100 d.C. cuando se labraron los últimos relieves escultóricos de El Tajín. Aquellas elites habían tomado partido por un modelo cultural que las alejaba irreconciliablemente de sus orígenes y que favorecía —por otro lado— una concentración de poder político sin antecedentes y probablemente emanada de la gestión del tránsito comercial. La formalización de las nuevas rutas de comercio promovió toda una estrategia de control de los caminos, en especial en los pasos de los grandes ríos, los que sólo difícilmente podrían vadearse más allá de los lugares establecidos. Los asentamientos se enriquecieron y antes de mediar la fase Cacahuatal distinguían, en lo más alto de las antiguas ciudades, un área administrativa donde —si no me equivoco— se hallarían los edificios dedicados al culto y las imágenes en piedra de los primitivos gobernantes. Todo hace pensar que la proliferación de elites con dominio de sólo una parte de la ruta comercial produjo cierta inestabilidad en la definición política del territorio. Sus límites debieron actualizarse periódicamente en oposición con los del vecino. Sin embargo, reconocían el mismo modelo cultural y el carácter autorizado de un estilo artístico único. No otro, sino el de la cultura clásica de El Tajín.

Dos ejemplos, verdaderamente notables, de sillares que formaban parte de los muros de un antiguo juego de pelota, son los que proceden de Cerro Grande (Arroyo del Arco). Ambos deben fecharse para la primera mitad de la fase Cacahuatal y exhiben, cada uno de ellos, el rostro de Tláloc construido sobre el de un hombre (fig. 19). Los ojos aparecen formados por anteojeras circulares y por boca lleva una máscara con tres grandes dientes aserrados. Un tocado ornamentado con plumas se aprieta contra el límite superior del sillar. A los lados del rostro surgen abruptamente los brazos y en ambas manos sujeta sendos cuchillos de obsidiana.

Todo parece indicar que las elites de la región de El Tajín, quienes participaron del modelo cultural teotihuacano durante la fase Cacahuatal, convirtieron el juego de pelota en el centro mismo de la propia expresión ritual. A los gobernantes, por definición, se les consideraba como jugadores de pelota. Su imagen en piedra destacaba el atuendo del jugador, constituido en los símbolos de la institución que representaban. De hecho, esta asociación perduraría, no sin registrar cambios en el estatuto simbólico, hasta el año 1100 d.C. cuando se labraron los últimos relieves escultóricos de El Tajín. Aquellas elites habían tomado partido por un modelo cultural que las alejaba irreconciliablemente de sus orígenes y que favorecía —por otro lado— una concentración de poder político sin antecedentes y probablemente emanada de la gestión del tránsito comercial. La formalización de las nuevas rutas de comercio promovió toda una estrategia de control de los caminos, en especial en los pasos de los grandes ríos, los que sólo difícilmente podrían vadearse más allá de los lugares establecidos. Los asentamientos se enriquecieron y antes de mediar la fase Cacahuatal distinguían, en lo más alto de las antiguas ciudades, un área administrativa donde —si no me equivoco— se hallarían los edificios dedicados al culto y las imágenes en piedra de los primitivos gobernantes. Todo hace pensar que la proliferación de elites con dominio de sólo una parte de la ruta comercial produjo cierta inestabilidad en la definición política del territorio. Sus límites debieron actualizarse periódicamente en oposición con los del vecino. Sin embargo, reconocían el mismo modelo cultural y el carácter autorizado de un estilo artístico único. No otro, sino el de la cultura clásica de El Tajín.

## Bibliografía

- Cabrera Castro, Rubén  
1995 “La cronología de los murales de Atetelco”, en *La pintura mural prehispánica en México: Teotihuacán* (B. de la Fuente, ed.), México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. XXVII-XXIX (I).
- García Payón, José  
1954 *Exploraciones en El Tajín. Temporada 1953 y 1954*, México, Archivo Técnico del Instituto Nacional de Antropología e Historia (ms).
- Kampen, Michael Edwin  
1972 *The Sculptures of El Tajín, Veracruz, Mexico*, University of Florida Press, Gainesville, 194 pp.
- Ladrón de Guevara, Sara y Patricia Castillo  
1992 “Arte y religión”, en *Tajín* (J.K. Bruggemann, ed.). México, Gobierno del Estado de Veracruz-Petróleos Mexicanos, pp. 79-112.
- Proskouriakoff, Tatiana  
1953 “Scroll Patterns (entrelaces) of Veracruz”, *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, XIII: 389-401, México, Sociedad Mexicana de Antropología.
- Sahagún, fray Bernardino de  
1979 *Historia general de las cosas de la Nueva España*, México, Porrúa.
- Sittón Moreno, Mair Augusto  
2001 “*La vida prehispánica en el ocase de El Tajín: un estudio de salud, nutrición, estrés y enfermedad*”, tesis de licenciatura de Antropología Física, ENAH, México.
- Wilkerson, S. Jeffrey K.  
1970 “Un yugo ‘in situ’ de la región de El Tajín”, *Boletín del Instituto Nacional de Antropología e Historia* 41, México, pp. 41-44.  
1987 *El Tajín, una guía para visitantes*. Xalapa, Gobierno del Estado de Veracruz, 80 pp.  
1994 “The Garden City of El Pital: The Genesis of Classic Civilization in Eastern Mesoamerica”, *National Geographic Research & Exploration* 10 (1): 56-71.